no son perjudiciales, son por lo ménos molestosos. ¡Para qué es quitar del reducido tiempo que vivimos en este mundo, dias enteros para consagrarlos á asuntos del otro mundo, cuando estos tienen toda una eternidad para arreglarlos? En dias semejantes, lo mismo que en los domingos, se cierran todos los espendios públicos; pero quedan abiertas las barberías, las cantinas y las tiendas de víveres: hasta los puestos de las calles se levantan á las dos ó tres de la tarde. Comienzan entónces los vendedores de frutas, dulces, y nieve á hacer su comercio en las plazas y paseos, hasta las oraciones de la noche ó mucho mas tarde.

Pero la gente pobre no sufre por exceso de religion. Verdad es que aparentan recibir mucho consuelo de ella; pero tal vez muchos estarian mejor empleados si no hubiera tantas festividades. Mas sea como fuere, siempre están listos á valerse de cualquier pretexto á fin de no trabajar. Hasta las cortesanas, los tahures, v los salteadores suspenden sus ocupaciones ordinarias, para dirigir una plegaría ó presentar una ofrenda, aunque su objeto pueda ser dudoso. Vienen además á contribuir al regocijo del dia la bebida, los toros, y las peleas de gallos. Parece que hay muy poco enlace entre la religion y la moralidad; con todo, aunque grandes multitudes de hombres ebrios de pulque se agolpan en las iglesias ó cerca de ellas, y llenan las calles, raras veces hay camorras ó palabras descompasadas. La policía está muy vigilante, y el que perturba el órden es inmediatamente aprehendido y conducido á la cárcel: tal prontitud en el castigo ejerce una influencia benéfica, tambien sobre la clase de extranjeros que frecuentan las cantinas para beber licores espirituosos.

En ciertos dias de fiesta, se ve en las calles multitud de niñas vestidas de blanco, que desde las tres de la mañana se dirigen á la iglesia cantando en coro. El antiguo traje de la campesina ó aldeana en los dias de fiesta tiene muchos adornos: camisa blanca de lino, adornada de encajes, y encima una enagua de dos colores, encarnado y negro ó amarillo y negro; corpiño con mangas de raso de colores vivos, una banda ófaja encarnada de seda, y un rebozo, y tantos diges de oro ó plata cuantos permita la fortuna de la persona.

Despues de todo, poca es la diferencia que hay entre lo que existe hoy y lo que existió hace uno ó dos siglos atrás. Escribo el 21 de Diciembre y es dia de revolucion. Esta es la primera vez que se han cerrado todas las tien-



LA ALDEANA.

das desde el dia de Guadalupe, que es el 12. Para mí los dos dias son muy parecidos en su celebracion. En aquel, ví mucha gente, la mitad ebria de pulque, yendo y viniendo de la Colegiata de Guadalupe; y en este, unas mil ó dos mil personas embriagadas con el espíritu de partido y el licor.

Los trámites están en teda su fuerza, sostenidos por las propensiones nacionales y desarrollados por el pupilaje de los tiempos coloniales, en que el fraile, el soldado, y el empleado buscaban, juntos y separadamente, asentar su autoridad y alcanzar obediencia. El alcalde y sus ayudantes son todavía personajes imponentes, que en las poblaciones de provincia ejercen un mando casi despótico, y se mezclan en todos los asuntos que pueden.

Para reparar una casa es preciso conseguir el permiso de las autoridades municipales, pagando un tanto al dia, segun el número de varas que se obstruye en la calle; lo mismo sucede si se quiere pintar el frente

no tienen que temer á ningun enemigo. La po-

tencia extranjera que hoy quisiera invadir á Méjico,

vería que era muy distinto pelear con los mejicanos

ahora, á lo que era hace veinte ó cuarenta años. En

la capital hay una compañía de bomberos; pero hasta

ahora la necesidad no la ha hecho muy eficaz. Es

bastante buena, sin embargo, para lo que se necesita;

de una tienda, ó bajar un letrero cualquiera. En algunas partes los vecinos tienen que regar las calles en el frente de sus casas. Se barre á mano, excepto tal vez en partes de la capital, y cada vecino está obligado á barrer la calle hasta la medianía, y amontonar la basura para que la levanten los carretones de la ciudad. El ruido de las escobas de popote que comienza al amanecer, es generalmente lo primero que perturba el sueño del viajero.

Para mas alumbrar las poblaciones y hacer saber á la gente que hay policía en vela, de trecho en trecho coloca esta sus faroles en el suelo, en el centro de las calles; en algunas ciudades del interior estos se suspenden de algunos alambres que corren diagonalmente de una esquina á otra. Es una costumbre añeja

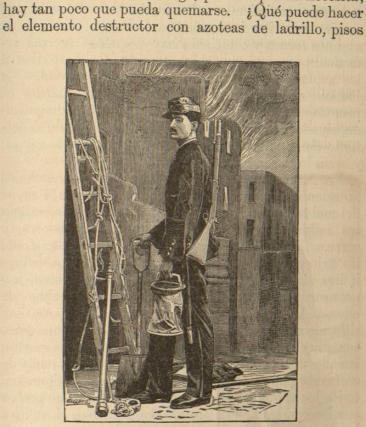
que data de la época de los españoles.

El sistema de policía es excelente é igual al mejor del mundo. Es una especie de organizacion militar, copiada de la francesa. Los individuos de la policía ganan hoy un peso diario; ántes recibian medio peso, y el servicio se dividia en guardas ó diurnos, y serenos ó nocturnos.

Desempeñan en gran parte las atribuciones de policías las tropas, que tambien han sido reorganizadas segun los sistemas europeos mas modernos. El personal, el equipo, y todo es de lo mejor, fabricándose en el mismo país la mayor parte del armamento, segun los modelos mas adelantados. Bien alimentados, bien armados y bien disciplinados, los soldados mejicanos



Un Policía.



EL BOMBERO.

y paredes de piedra, ladrillo, ó adobe do tres á cinco piés de espesor? La policía da la alarma de incendio con el silbido de los pitos, y si estos suenan bastante recio y por algun tiempo, hacen salir las bombas tiradas por las sempiternas mulas. Algunas veces el

VIDA DE DIAZ.-11

bombero halla por conveniente llevar un rifle, á fin de

impedir que se agolpe la gente.

Con excepcion de algunos puntos, se viaja actualmente con tanta seguridad en Méjico como en cualquiera parte de los Estados Unidos, gracias á Porfirio Diaz, quien estableció la fuerza de rurales y organizó el sistema de atrapar á los ladrones con los mismos ladrones convirtiendo á las hordas de salteadores de camino en útiles instrumentos de la ley. Todavía en algunos trenes y estaciones hay pequeñas fuerzas armadas; pero esto mas bien es para dar ocupacion á los soldados que por una verdadera necesidad. La justicia es breve en este particular. El ladron es prontamente aprehendido y sumariamente despachado, siendo á menudo fusilado por sus captores, á pretexto de que quiso fugarse ántes de llegar á la cárcel; y si no lo hacen el tribunal lo extraña.

En Méjico, los ladrones de camino y los asesinos no salen de entre los indios, tan trabajadores á pesar del mal trato que les dan; sino de entre los descendientes holgazanes y viciosos de los conquistadores, y otros. El país ha sufrido mucho por esta plaga desde los primeros dias de la conquista, siendo los pobres indios víctimas de los enjambres de aventureros, impostores y tahures que vivian á costa del trabajo de ellos, y les acababan la vida. Los productores han sido siempre los esclavos; los ociosos consumidores son muy á menudo los amos. En algunas partes, cuando una ciudad se ve plagada de viciosos hay la costumbre de hacer una leva por mayor, obligando á todos los vagos y sospechosos, que no pueden probar con las constancias de sus barrios no haber faltado á las leyes, á que sirvan al país en la frontera, peleando contra los salvajes, ó trabajando en los caminos públicos. Los resultados son magníficos, y este sistema debiera imitarse en otros países. Yendo para el norte me encontré una vez con una banda de estos patriotas, que se contaban por centenares y estaban unidos por vínculos de acero, y bien vigilados por tropa de caballería para que no se perdieran ó fueran plagiados. Poco despues los periódicos dieron la noticia de haberse aumentado considerablemente el pa-

triótico ejército de la frontera.

Los mejicanos son aficionados á portar armas mortíferas: cuchillos grandes y bien pavonados, y pistolas con formidables hileras de cartuchos al cinto; pero muy raras veces hacen uso de arma alguna. Siguiendo el consejo de un amigo llevé conmigo una pistola en mi viaje á Méjico; pero la regalé ántes de haber estado mucho tiempo entre esta gente tan fina y de maneras tan suaves.

Las comodidades en los hoteles de la ciudad de Méjico son bastante buenas á su modo; pero el forastero acostumbrado á viajar por lo general no las halla á su gusto. Los cuartos son generalmente demasiado frios y tristes; y la costumbre de comer en la fonda no les cuadra bien á los americanos, acostumbrados como están á los mejores hoteles del mundo. En los de primera clase se consiguen cuartos á dos y cuatro pesos diarios, con alguna rebaja cuando los ocupan por algun tiempo. En las familias particulares los cuartos amueblados cuestan desde veinte hasta treinta pesos mensuales. Hay muchos cuartos y casas que se pueden tomar; pero el inquilino tiene que traer los muebles, y estos son escasos y costosos. Las oportunidades para establecer en Méjico hoteles de primera clase, bajo el plan americano, son buenas. En algunas poblaciones del interior hay hoteles donde se consigue cuarto y comida por dos y tres pesos al dia. Los edificios deberán construirse de ladrillo, piedra, y hierro, con ventanas voladas y adornos de madera; con buena ventilacion, elevadores, chimeneas, cuartos de baño, y todos los adelantos modernos. Un establecimiento de esta clase, bien manejado, produciría bastante en la capital, si no en otros lugares. Hasta que esto se realice, los transeuntes tendrán que sufrir muchas incomodidades, exponiéndose á ser extorsionados por los fondistas. Por ahora, el mejor sistema es contratar la

comida, al gusto de cada uno, por un tanto al mes, incluyendo todo; y si despues de esto, el fondista no agrega en la cuenta mas que un veinticinco por ciento del precio estipulado, por pretendidas adiciones y

cambios, debe uno quedar satisfecho.

Los mejicanos de la mejor clase han adoptado el sistema de vida europea; el desayuno, que se compone de café ó chocolate al levantarse; despues montan á caballo; el almuerzo ordinariamente se toma entre las nueve y las doce, y equivale á una verdadera comida de otros países, con gran variedad de platos, desde la sopa hasta los postres, vino, y puros; despues cada cual se entrega á sus ocupaciones; la comida, de dos á cuatro, y despues la siesta, ménos observada hoy en la capital que ántes, y absolutamente innecesaria en la mesa central. Las señoras hacen generalmente una merienda ó lunch de cuatro á seis, en la que no toman parte los hombres, que se supone están entregados á sus negocios; al fin viene la cena, que se sirve entre ocho y once. Los hombres profesionales cierran sus oficinas á las seis; y despues se pasean en la plaza ó visitan á sus amigos, y concluido el chocolate y los cigarros, se retiran.

Descendiendo en la escala del bienestar y refinamiento social á la clase mas comun, la cocina es de un tipo mas mejicano, hasta llegar á las tortillas que reemplazan al pan, y al pulque que sustituye al poco dispendioso y miserable flúido del país que lleva el nombre de vino. Probablemente la fruta entra en primer lugar como el alimento principal del pobre, particularmente la tuna, que es agradable al paladar y sana, y vienen despues el maíz, los frijoles, y de vez en cuando huevos y carne de chivo. Hay que reconocer que estas gentes logran, comparativamante hablando, grandes resultados con pocos elementos, lo cual es el colmo de la ciencia. Por ejemplo: la mejicana en su cocina, con un pedazo de carne y unas cuantas legumbres, dos ó tres ollas de barro, y un puñado de carbon

vegetal, confeccionará para la mesa media docena de platillos que cualquiera calificaria de excelentes.

À la vez que la clase superior come demasiado, con perjuicio de su salud, la gente pobre no come bastante. Creo que el comer y beber demasiado, como cualquiera otra violacion de las leyes de la naturaleza ya sea en el ejercicio ó en el trabajo, es sumamente nocivo en esta altura y clima, donde el aire delgado se enfria por la elevacion, al mismo tiempo que el sol tropical lanza sus rayos perpendiculares; pero no es ménos perjudicial la semi-hambre de la gente pobre y de las mulas y burros que tanto trabajan. Solo viven los muy fuertes; los demás se mueren prematuramente.

La tienda ó pulpería de la esquina es aquí, lo mismo que en los Estados Unidos, una plaga. Si es mala en New York y San Francisco, aquí es peor todavía. En ella hay vinos adulterados, aguardiente, pan, azúcar, arroz, frijoles, chile, y varias misturas en latas ó frascos de vidrio con pomposos letreros, sumamente repugnantes para todos, ménos para los iniciados, que se venden por gente grasienta, la cual tiene cuidado de recoger con una mano el dinero, ántes de que la mercancía salga de la otra. No ménos comunes son las pulquerías, donde no se vende otra cosa que pulque. Nada de puertas privadas para el bello sexo: hombres, mujeres, y niños del vecindario patrocinan indistintamente estos lugares, cuidándose poco de la opinion de las personas mas decentes.

Para una clase numerosa en la capital, el pulque es carne, bebida, y todo lo que hay de bueno en la tierra. Esa clase gasta mas en pulque que en comida, ropa, y otras necesidades de la vida. El pulque y la religion son los dos grandes consuelos que llenan todos los requisitos necesarios para esta y la otra vida. Veámoslo prácticamente: el remendon de sillas por ejemplo, va de lugar en lugar ejerciendo su oficio; pero nunca trabaja miéntras le dure el dinero que el último re-

miendo puso en su bolsillo. Su mujer le alegra con su presencia y le ayuda, no solo en remendar, sino tambien en traerle pulque.



REMENDON DE SILLAS.

Lo que es el té para el ruso, es el cigarrito para el mejicano; se le llama cigarro á diferencia del puro, que es de puro tabaco. Sea que esté envuelto en hoja de maíz ó en papel, el cigarro es el solaz universal de viejos y jóvenes, ricos y pobres, hombres y mujeres; y está tan en su lugar en la calle como en la puerta, en la mesa de comer, en el escritorio, en la cama, ó en un salon de baile. Siendo de tabaco puro, estos cigarritos no son tan perjudiciales como los que se fabrican en el norte; pero el efecto del uso continuado de este narcótico en tantas generaciones se ve palpablemente.

Los mercados en la mesa central presentan sus atractivos; aunque las frutas tropicales y otros productos de las tierras bajas no son exactamente lo que esperaría hallar el extranjero, si exceptuamos las deliciosas piñas y ciertas clases de naranjas; pero pasan-

do á la tierra caliente es notable la diferencia, no solo en las frutas sino tambien en la gente. La moneda mejicana consiste en billetes de banco y la plata en la capital; y fuera de allí, la plata constituye la moneda principal. Vale generalmente de doce á diez y ocho por ciento ménos que la moneda americana, la que fácilmente puede cambiarse. El oro tiene poca circulacion.

Los billetes del banco nacional y del monte de piedad van generalizándose mucho en la capital y extendiéndose gradualmente á todo el país. En la frontera es raro el papel moneda de buena clase; pero en la mayor parte de las ciudades del interior se pueden conseguir letras de cambio, evitando así el riesgo y el trabajo de llevar plata en los viajes. Sin embargo, la persona que haga un viaje dilatado en el país, todavía necesita llevar una mula para cargar la bolsa. Los cambios sobre New York ó Lóndres en la ciudad de Méjico tienen de doce á diez y ocho por ciento

de premio.

Los mejicanos, desde los mas encumbrados hasta los mas humildes, son sumamente corteses, cualidad que pronto adquieren sus vecinos del norte, de temperamento ménos flexible, cuando vienen á este país. He llegado á ver un conductor yankee de ferrocarril quitarse el sombrero al hablar á un pasajero mejicano, que no era de rango muy distinguido. Los hombres á menudo se abrazan al encontrarse, echándose uno y otro los brazos sobre los hombros y dándose unas palmaditas en señal de cariño: los niños á veces besan las manos á los ancianos, quienes permanecen levantados durante la ceremonia. Al encontrarse y al despedirse las señoras se besan ámbas mejillas cuando son amigas muy queridas; y en las calles es interminable el movimiento de los dedos, que es el estilo con que se saludan. Tambien los hombres usan este modo de saludar á distancia; consiste en mover los dos dedos del centro teniendo levantada la mano.

En todas las casas de alguna pretension, la sala de recibir, lo mismo que las oficinas públicas, tiene sofá, con un tapete en frente, y sillones en una y otra extremidad colocados en ángulo recto con el sofá, hallándose distribuidas las sillas en toda la sala. Aquí como en Alemania el sofá es el lugar de honor, y en él se sienta la visita, colocándose el dueño de casa en uno de los sillones al lado. Las señoras reciben de la misma manera. La gente elegante se pasaría sin

casa, ántes que carecer del sofá.

Al concluir la visita se hace la despedida. El dueño de casa acompaña entónces á la persona hasta las escaleras, pues que las salas y las asistencias ordinariamente están en el segundo piso; y aquí se repite el hasta luego. Dando vuelta á la esquina al descender las escaleras para el patio, la visita por tercera vez saluda quitándose el sombrero; las señoras repitiendo sus adioses. Cuando se quiere llamar á una persona, se mueve la mano hácia abajo y en direccion hácia uno mismo, en lugar de mover la mano hácia arriba como es comun entre los anglo-sajones. Si la visita es una señora, el dueño de casa le ofrece el brazo ó la mano, y así bajan la escalera hasta colocarla en el carruaje que nunca falta.

Los caballos y carruajes de los particulares se guardan en un patio interior, llevándose al patio del frente, ó de la familia, que allí monta. Se abren entónces las pesadas puertas del zaguan y sale velozmente el vehículo al paseo de todos los dias. Hay muchos carruajes elegantes tirados por mulas.

Al aproximarse el invierno, el cordon de coches de las cinco de la tarde en el paseo va gradualmente disminuyendo en número, hasta el mes de Diciembre en que se ven muy pocos. Los equipos en el paseo son muy elegantes, luciéndose allí caballos importados de buena raza, y elegantes carruajes, generalmente del pesado estilo francés. Las guarniciones son vistosas con su reluciente metal. Aquí se busca el estilo, no la velocidad, á pesar de que los carruajes de paseo van mas aprisa que en los Estados Unidos, á la vez que los jinetes van mas despacio. Los caballeros

montan á mañana y tarde; pero la hora favorita es cuando hay mas carruajes en el paseo, pues tienen entónces mas alicientes para desplegar sus elegantes trajes y lucir su habilidad en la equitacion. Tanto los viejos como los jóvenes montan como si hubieran aprendido el arte por principios. Las señoras solo montan en la mañana, desde las seis hasta las ocho ó las diez.

Durante los últimos cincuenta años ha habido un cambio notable en el estilo de los carruajes. Antiguamente, en los domingos y dias de fiesta, las avenidas de la capital se llenaban de vehículos, la mayor parte de sopandas y sin muelles, tirados por dos ó cuatro mulas; sobre una de las cuatro se montaba el cochero, como se ve en la siguiente viñeta. Dos señoras generalmente vestidas de gran traje, ocupaban



Cochero de los Tiempos Antigüos.

el asiento de atrás, fumando y conversando con algun caballero, miéntras que el resto de la familia ocupaba los demás asientos; pocas señoras se ven á pié en el paseo, en lo que se diferencian de las de Madrid.

En cuanto á carruajes públicos, aquí se encuentra lo mejor y lo peor del mundo. Son de propiedad de varios individuos ó compañías que pagan una licencia al ayuntamiento, y tienen de treinta á cuarenta sitios en diversas partes de la ciudad. Cuando no están ocupados, sacan una señal de hoja de lata cuyo color denota sus precios: el verde indica que vale á peso y medio la hora; el azul á peso, el rojo á setenta y cinco centavos, y el blanco á cincuenta centavos. Los vehículos del color verde son muy elegantes, aunque escasos; los últimos son las reliquias de mejores dias, carruajes viejos y desvencijados con caballos y cocheros que corresponden á su condicion. Despues de las nueve de la noche y ántes de las seis de la mañana, se doblan los precios indicados, y en los dias de fiesta tambien se aumentan.

Se permitia á las mujeres públicas pasearse por las principales calles de la capital, á pié ó en carruaje, de doce á dos de la tarde, y esto en consideracion á la licencia que pagaban al gobierno. Últimamente se ha prohibido esto.

Los carruajes se cargan siempre á la derecha del camino, al estilo americano; pero la gente de á pié solo sigue los dictados de la cortesía ó de sus inclinaciones, lo que causa alguna confusion.

En su sistema de ferrocarriles urbanos los mejicanos tienen algunos arreglos admirables, á pesar de que el equipo no es en manera alguna elegante, y de que los caminos son de una sola via. Corren á intervalos adecuados al tráfico, siendo tirado cada carro por dos mulas. En todas las líneas hay carros de segunda clase, que cobran la mitad del precio de pasaje; la única diferencia que hay entre estos y los de primera clase consiste en que los constructores han puesto todos sus sentidos en hacerlos lo mas angostos

é incómodos que han podido, y sin embargo son mas patrocinados que los demás. En algunos tramos cortos de la ciudad el pasaje cuesta seis centavos; de Méjico á Tacubaya, que está como á una legua, el de primera clase vale un real y el de segunda la mitad. Hay un tráfico considerable y varias líneas que se extienden á las poblaciones de los contornos. Las mercancías, los muebles, y cualquiera cosa portable se trasportan en carros sin cubierta, construidos exprofeso para cualquier punto del camino.

